

LIBROS

Al lado de nuestro Dios



San José Sánchez del Río y mártires de México
Luis Laureán Cervantes
Encuentro, 2022
194 páginas,
16,50 €

El siglo XX fue para la Iglesia católica el siglo de los mártires. A lo largo y ancho del planeta, muchos hombres y mujeres de toda clase y condición, pero con un común denominador, la fe católica, murieron a manos de regímenes políticos, dictaduras, totalitarismos que quisieron barrer de un plumazo cualquier forma de vida cristiana.

Algunas de estas persecuciones tuvieron más resonancia mundial. Otras, en cambio, pasaron desapercibidas. Sin embargo, todas ellas se produjeron bajo regímenes dictatoriales. Unos claramente totalitarios, como en el caso de la Alemania nazi, la Rusia estalinista o la China comunista. Otros fueron aparentemente democráticos, pero con una legislación manifiestamente liberticida. Este fue el caso de España bajo el Frente Popular, la Italia de Mussolini o, como es el caso que nos ocupa, en México, con el Gobierno de Plutarco Elías Calles.

El 1 de agosto de 1926 entraba en vigor una reforma del Código Penal que afectaba a la libertad religiosa del pueblo mexicano. Era la conocida como Ley Calles, que prohibía todo tipo de manifestación religiosa de la Iglesia católica. Fueron un conjunto de normas que impedían a los sacerdotes vestir públicamente como tales; les prohibían regentar escuelas o celebrar abiertamente el culto religioso; las propiedades de la Iglesia fueron nacionalizadas y la prensa católica clausurada; se vigilaban las predicaciones del clero y se limitó el número de sacerdotes que podían ejercer el ministerio en un territorio mediante un registro civil.

No hubo opción a la objeción de conciencia. ¿Qué sucedió entonces? ¿Cuál fue la respuesta de la Iglesia en México, de los católicos mexicanos y de la Santa Sede? Los obispos mexicanos quisieron buscar una solución mediante el diálogo. No fue posible. Desde Roma, el secretario de Estado,

cardenal Gasparri, envió instrucciones al episcopado y dejó claro en qué se podía y en qué no se podía transigir con el Gobierno. Muchos sacerdotes fueron fusilados, algunos obispos fueron exiliados y otros tuvieron que esconderse.

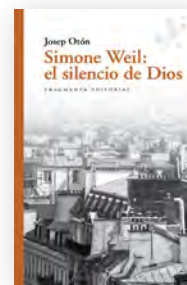
Sin embargo, hubo católicos que optaron por la rebelión armada. Fueron los conocidos como cristeros, aquellos que al grito de «¡Viva Cristo Rey!» decidieron empuñar las armas y luchar contra un Gobierno que les arrebató el derecho más sagrado que tenían, la libertad religiosa. Entre estos hubo un joven, José Sánchez del Río, al que, por su corta edad, no le dejaron luchar, pero que sí acompañó a los cristeros portando el banderín. En un enfrentamiento con soldados federales fue hecho prisionero y ejecutado. Desde el momento de su muerte violenta fue considerado un mártir, algo que no sucedió con otros cristeros que murieron en el campo de batalla o en prisión.

Es cierto que a José Sánchez del Río se le puede considerar un prisionero de guerra, pero también es cierto que ni atacó ni se defendió con las armas. Una vez en la cárcel, hicieron todo lo posible y lo imposible para que renegara de su fe. Cuando no lo consiguieron, lo sometieron a infernales torturas, lo llevaron al cementerio y allí fue ejecutado. Primero le rompieron la mandíbula de un golpe con un fusil, lo acuchillaron y, finalmente, le dieron el tiro de gracia.

Desde la cárcel escribió a su madre. Pedía que se resignara a la voluntad de Dios, porque «yo muero contento, porque muero en la raya al lado de nuestro Dios». Y cuando ya estaba decidida su muerte, pudo ver a su tía Magdalena por última vez. Esta le llevó la Eucaristía escondida entre los alimentos que le permitieron meter en la cárcel. Fue su viático. Al despedirse José le dijo: «Ya nos veremos en el cielo». ●

La no contradicción de Weil

Este texto de Josep Otón se vertebra en torno a una breve reflexión de Weil, *Prologue*, escrita probablemente en un momento de silencio de Dios, enmarcado en el contexto de la Segunda Guerra Mundial y a la sombra de Auschwitz. El autor, a través de la experiencia que ella narra en este texto, en el que se encuentra con un misterioso visitante que después la abandona, nos presenta a esta filósofa francesa, una de las mujeres más brillantes de la primera mitad del siglo XX. Otón reúne el pensamiento religioso de Weil, bastante disperso, y lo ofrece al lector de forma estructurada, además de analizar su experiencia espiritual y ponerla en diálogo con la Palabra. **C. S. A.**



Simone Weil: el silencio de Dios
Josep Otón
Fragmenta Editorial, 2021
224 páginas, 18 €

Surgirá exultante el arco iris

Miguel de Santiago es un periodista emblemático de información religiosa y autor de una treintena de libros que, esta vez, nos propone una serie de poemas en prosa que confirman su mirada personal sobre el mundo exterior. Observa lo que tiene frente a sí, reflexiona sobre ello e invita a la oración mental. «No hay en estos textos disgresiones de razonamientos filosóficos o explicaciones morales. Sin embargo todos encierran, insinúan y sugieren la trascendencia», dice el autor. Mientras observa la tormenta, De Santiago reconoce que «la intimidación es enorme», pero «tenemos el consuelo de que, al final, surgirá grandioso y exultante de color el arco iris». **C. S. A.**



Hojas de otoño
Miguel de Santiago
PPC, 2022
192 páginas, 15 €



ANDRÉS MARTÍNEZ ESTEBAN
@amesteban71

DE LO HUMANO Y LO DIVINO

Contra la vocación

PABLO MARTÍN IBÁÑEZ
Periodista

Cuando Hemingway comenzó a alejarse del periodismo —ay, el periodismo— para lanzar su carrera vocacional como escritor, cuenta que el hambre era una de sus compañeras más fieles. Un hambre que, según él, era un acicate para escribir mejor, porque se escribe mejor con el estómago vacío.

No voy a decir que hoy todo el que sigue su vocación pase hambre. Sí digo que la vocación no existe. Al menos no como se entiende hoy. No existe la vocación a médico ni a maestro, ni a cocinero cinco estrellas ni a bombero. No existe la vocación al periodismo —ay, el periodismo— ni a escritor, ni siquiera existe la vocación a poeta. La vocación no es una profesión.

He vivido ya lo suficiente —y no soy tan mayor— como para saber los estragos que ha provocado en mi generación

la presión innecesaria de la vocación profesional: ¡búscala!, ¡encuétrala!, ¡aprovéchala! Y si no la tienes... ¡Fracasa! ¡Sé contable, barrendero, asesor financiero...! ¡Cualquier trabajo de esos no vocacionales! He visto a jóvenes a los que se les vendió el Edén de la vocación y, al poco, se dieron cuenta de que no era para tanto. Frustrados porque quisieron ser periodistas, pero no se podían permitir la precariedad que asola la profesión hasta bien entrada la treintena; porque ser médico es un camino lleno de nocturnidades mal pagadas; porque las aulas son, en muchas ocasiones, más un campo de batalla que un espacio de aprendizaje.

Lo que sí existe es otro concepto alrededor de la vocación, de la que se habla menos: la vocación a cuidar, a

enseñar a quien no sabe, a explorar la belleza del lenguaje. Aunque esto no tenga una traslación a la vida laboral. A veces (muchas, la mayoría), el trabajo es simplemente un medio de vida que ocupa unas horas de nuestro tiempo y suministra los recursos para lo demás. No como algo del todo separado, sino como una parte más que tiene su función. Y, eso sí, estamos vocacionados a realizar ese trabajo de la mejor manera posible.

Claro que existe la vocación: la vocación de quien se entrega a Dios y a los hombres, a su familia, a sus amigos, a los pobres... La del cura y la religiosa, la del padre y madre de familia, que dedica desvelos a su pareja e hijos. Y de esa sí tenemos todos. Esa es la que hay que descubrir y sobre la que debemos hablar un poco más. ●